

El diez por ciento

Luis León

© Luis León
ISBN: 84-96536-12-2
Depósito legal:

Diseño, maquetación y producción: Joseba Berriotxo - www.erroteta.com
Ilustración de portada: Antonio Canseco
Impresión:

Printed in UE.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización expresa por escrito de los titulares del Copyright.

El diez por ciento

Luis León



A mis padres

I

Era una noche triste y plúmbea.

El autobús rugía a través de las sinuosas curvas del puerto, como un animal mecánico al cual el viento y la lluvia le azotan el hocico. Llevaba una velocidad excesiva para la mal asfaltada carretera, la luz que llevaba de guía no parecía suficiente para la negrura en la cual se hallaba sumido, la luna totalmente cubierta por espesas nubes. No obstante, los sentimientos que provocaba la tétrica estampa no eran para nada compartidos por las personas que viajaban en el interior del vehículo, excepto para dos.

Los componentes del equipo de baloncesto juvenil *San Luis Gonzaga* se encontraban plétóricos de entusiasmo. No era para menos. Regresaban triunfales cual soldados tras ganar una guerra. Para ellos la batalla había sido conseguir la liguilla anual, la ancha y plateada copa que atestiguaba el logro rondaba entre las butacas finales del autobús, donde se habían apostado los deportistas, y el champán manaba de ella para satisfacer aún más la embriaguez colectiva en la que se habían sumergido.

Los chicos eran todos bastante parecidos entre sí. El autobús no distaba mucho de ser un camión de ganado, y sus ocupantes corderos camino del matadero, aunque ellos no lo sabían, por supuesto. Post-adolescentes de entre 18 y 20 años altos, atléticos, uniformados en su doble vertiente, tanto por el chándal oficial del equipo como por su apariencia física, atractiva

en cuanto se entienda por atractivo el canon de: pelo engominado, principalmente peinado de punta y con añadidos adicionales al gusto del consumidor como perilla, patillas, etc. Suerte que el hecho de que estuvieran con el chándal nos libera de la tarea de comentar su ropaje habitual, así como los diversos piercings que llevaban en los sitios más insospechados fueron barridos por su entrenador, Ramón, hombre defensor de las buenas costumbres que les exhortó a que se los quitaran con el subterfugio de que en el fragor del juego podrían dañar sus delicadas pieles. Hombre cabal, don Ramón.

Tan solo había un joven que parecía distinto a los demás, no solo en cuanto a físico, en lo cual aventajaba por bastantes puntos a los demás, con sus delicados rasgos que bien podrían haber sido cincelados en mármol por Praxíteles, ojos castaños almendrados y fino y largo pelo del mismo color que llevaba sujeto con una cinta. Israel, ese era su bíblico nombre.

Isra era el único chico que no estaba sentado junto a alguien en el vehículo. Separado por un par de butacas del resto, permanecía totalmente ajeno a la celebración que tenía lugar detrás de él, encogido en su asiento, ensimismado, la preocupación se marcaba en su bello rostro como si temiera alguna catástrofe. El resto de sus compañeros no podían consentir esta salida del guión previsto. Isra, el puto amo, el mayor anotador de la temporada, el héroe local, ¿era posible que fuera precisamente él quien no se sintiera imbuido de alegría? No, no era posible, y había quienes no estaban dispuestos a consentirlo, y entre ellos los primeros eran Tomás y Andrés.

Tomás era el capitán del equipo. Tenía a Isra en gran estima aunque su llegada había supuesto que dejara de ser la gran estrella de la cancha. Pero si había algún tipo de envidia en su cuerpo era envidia sana, si es que es posible este término. Andrés era su inseparable acólito, hacía varios tipos de papeles, le reía las gracias, hacía de malo de la película, compañero de periplos en búsquedas de mujeres en pleno proceso de ovulación, etc. Si Isra era la mayor estrella en el terreno deportivo,

ellos lo eran en el social, en el cual Israel nunca fue bien comprendido.

La cuestión era que el champán se estaba subiendo a la cabeza de los dos compadres, y entre sorbo y sorbo, entre chiste machista y comentario falocrático, sus ojillos escocidos de alcohol se fueron a fijar en el ovillo humano en el que se había convertido Isra. Tomás cogió aliento para decir alguna sentencia moralizante, cuando sucedió lo que ellos nunca pensaron que pudiera suceder, una voz cavernosa, ominosa, resonó en el autobús como un presagio siniestro, cual oráculo de Delfos.

–Está prohibido beber alcohol en el autobús.

Me cago en la hostia, Manolo.

Vaya, si me había olvidado de algo indispensable para el viaje. El conductor. El viejo Manolo, Manolín, Manolito, Manolete, Manolón... El viejo cabronazo, el puto amargado que llevaba ensombreciéndoles los viajes desde que eran unos pequeños alevines. En el éxtasis festivo del ambiente se les había olvidado su presencia, y eso que sin él difícilmente iban a llegar al club deportivo. La política de Manolo parecía ser la de la negación. No, no, no y más que no. Nunca era solícito, nunca una sonrisa se torcía en su gesto para atender las peticiones de los jugadores.

Pero esta vez había llegado demasiado lejos. Ese mamón espigado de pelo blanco y nariz de cuervo había oscurecido el logro de la temporada. Tomás se levantó y fue a trompicones hacia el conductor, difícil tarea entre las curvas del terreno y las que él mismo se hacía con tanto bebercio. Manolo volvió a repetir su prohibición, y su micrófono fue hábilmente sustraído por Tomás, ducho en los temas de arrebatar objetos, sobre todo pelotas. Manolo puso una cara aún más desagradable que la suya habitual, pero no reaccionó ante el robo, la senda montañosa que seguía y la lluvia eran temas más preocupantes para él. Tomás se puso de cara a la galería y recibió una cerrada ovación.

—A las buenas. Somos la polla. Somos los mejores. Hemos ganado la liga. Y si todos los fines de semana nos tajamos, pues ahora con más razón. Y, para variar, ¿quién nos quiere joder la alegría?

—¡Manolo! —fue el consenso democrático en forma de respuesta, con una abstención.

—¡Exactamente! ¿Podemos consentirlo? No. Somos jóvenes, estamos de fiestas y vamos a una fiesta en la cual seguiremos bebiendo para que luego nuestras novias nos la chupen en casa. Y ante este panorama tan alentador, diré que a mí no me amarga un carcamal. Si no le dan sexo en su casa, que lo vaya a buscar en la calle.

Esta vez el dardo pareció dar en el blanco. Manolo tomó una curva cerrada a una velocidad de coche de competición, Tomás salió volando hacia las butacas y algunos jugadores también rodaron por el suelo al fondo, la copa se derramó y el alcohol se desperdició por todos sitios. Si alguien pudiera asesinar con la mirada, ese sería el conductor de autobuses herido en su orgullo propio. Sin embargo, la reacción de sus torturadores no fue de pánico, en absoluto. Las carcajadas florecieron como las setas, Isra se enderezó y pareció que iba a hablar para poner un poco de orden, pero finalmente tan solo volvió a transmitir pánico con sus ojos.

Tomás se levantó entre hipidos alcohólicos, y le sonó el teléfono móvil. Contestó entre risas.

—¿Dígame, melocotón?

La alegría que desbordaba su expresión se acentuó aún más.

—¡Hombre, Ramón! ¿Qué tal van las cosas ahí en el planeta Tierra?... Aquí andamos, tajándonos mientras reflexionamos acerca de por qué aún no habéis echado al imbécil del conductor.

Tomás comenzó a acercarse al asiento de Isra.

–Sí, sí, ahora te lo paso, a ver si le animas porque vamos, parece que le hubieran metido un palo por el culo o algo por el estilo.

Sus compañeros emitieron una risita de sarcástica crueldad mientras Isra dirigía una mirada hacia Tomás, entre la desgana y la velada indignación. Cogió el móvil y empezó a hablar de modo pausado.

–Hola Ramón... Da nada, de nada, ya sabes que yo solo soy uno más en el equipo... ¿Alicia?

La preocupación volvió a ganar terreno en la variada gama de expresiones del rostro de Isra.

El club deportivo *San Luis Gonzaga* fue fundado en los grises años de la dictadura para velar porque los jóvenes, ejercitando su cuerpo, no ejercitaran su cabeza. Varias generaciones de mocitos y mocitas pasaron por sus instalaciones, formando equipos de fútbol, baloncesto, ajedrez, tenis, tenis de mesa, esgrima, natación, etc. La elite de la burguesía mandaba aquí a sus retoños para que se curtieran, formándose una estructura familiar curiosa que podría significar que en la mayoría de las ocasiones los niños del fútbol se liaran con las niñas de gimnasia, se casaran y tuvieran hijos a los que seguían mandando al club a perpetuar la especie. Todo ello sustentado en entrenadores y formadores con una gama de valores monocromática y rígida, encargados de que el orden velara en el club y que la tradición no se viera manchada. Niño + Niña = Más niños y niñas. Todo iba bien, sobre ruedas. Todo se torció cuando un niño de baloncesto se lió con un niño de esgrima. He ahí el conflicto.

Don Ramón, de oficio entrenador y formador de neonazis en potencia en sus tiempos libres, pidió un buen pelotazo de whisky con cola en la barra libre que se había habilitado para amenizar la espera a los héroes. Pasados los sesenta, corpulento como un chaval, a Ramón le habían prohibido en el club asistir a la finalísima de sus muchachos, justo castigo por haber espetado a la árbitra de su último encuentro que las únicas no-

ciones que entendía de baloncesto eran las de meter y sacar. Pero esas eran las características que la gente admiraba de él, que aún siendo un fascista no se lo tenía que callar, como suelen hacer otros. Ramón había contaminado la mente de muchos chavales en el *San Luis Gonzaga*.

El recinto habilitado para el agasajo era el pabellón de deportes principal del club. La decoración de la estancia estaba a medio camino entre la primera comunión de un infante y los prolegómenos de un mitin de pueblo. Banderitas de todo a sesenta céntimos, farolillos, cintas, globos, todo hacía que el pabellón, de por sí un tanto frío, estuviera muy colorido y festivo para el evento. Además había varias mesas alargadas en las cuales se mostraban las viandas adecuadas: jamón, chorizo, tortilla de patatas, aceitunas, canapés, empanadillas, etc. Y de beber: butano, mosto, vino, casera, sangría y demás. Una multitud de personas se abalanzaba a llenar la tripa. Algunos, familiares. Otros, amigos, directivos y personas que no tenían nada que ver pero que también se entrenaban en ese deporte nacional que es comer gratis.

La música estruendosa que emitían por los altavoces hacía recordar lo próximo que estaba ya el verano. En compañía de un grupo un tanto inusual, de prejubilados y post-jubilados que coreaban las gracias de Ramón, se encontraba Alicia, la novia de Isra. Novia tan solo desde hacía un par de semanas, pero no sería porque no lo había intentado antes. Ella, objetivamente, era muy bella, y hacía una pareja perfecta con Isra. Él, un héroe grecorromano. Ella, una diosa Afrodita humanizada, una gélica rubia experta en defensa personal que bajo su apariencia dura escondía no obstante una inocencia que le impedía comprender algunos de los problemas con los que se tenía que enfrentar, como el que le parecía entrever en la actitud de su amado. Alicia estaba hablando con él por el móvil de Ramón.

—¿Qué te pasa, cariño? No pareces muy alegre. ¡Anímate! Estoy deseando que vengas...

Poco podría imaginarse Alicia en su inocencia que en el autobús los compañeros de Isra estaban haciendo gestos obscenos, y que Tomás se encontraba practicando una imaginaria *fellatio* a su lado.

Solo había una persona en todo el pabellón que estaba sola. Alicia, mientras intentaba contagiar su alegría al novio, se fijó en él, y sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. César. Allí estaba, al fondo del recinto, apoyado en la puerta de emergencia, vestido de negro, como solía hacer últimamente, su palidez parecía haberse acentuado, y sus cabellos pelirrojos refulgían como si una hoguera real brillara en su cabeza. Tenía una mueca irónica en su rostro. No la miraba a ella. No miraba a nadie, tenía la expresión de alguien que sabe que va contra el mundo, y que el mundo le ha abandonado, por eso nada le importa la gente ni lo que piensen de él.

Alicia apartó la mirada con desagrado. Pensó que era una suerte que Isra ya no fuera amigo de César. Siguió hablando con su novio, casi por inercia, y se dio cuenta de que el tono de ánimo en el que intentaba mejorar su carácter en realidad lo que le estaba era enojando.

—¡Isra!... No te enfades, mi amor, es que me fastidia que en un día tan especial no estés de humor... ¿Isra?

Alicia colgó el teléfono con rabia. Cuando parecía que se iba a echar a llorar, el brazo paternal de Ramón la dio unas palmaditas en el hombro, y la miró como un abuelo que consuela a su nieta porque el mozo le ha dejado por una lagarta.

—Alicia, debes comprender a Isra. Ha pasado por unos momentos muy duros, como tú sabes, y tanto sus compañeros como yo le hemos ayudado mucho a superarlos. Ya verás como cuando llegue aquí todo cambiará.

Para Alicia no parecieron ser mucho consuelo las palabras del entrenador, pero un destello de esperanza se asomó a sus bonitos ojos azules cuando Jorge pasó a su lado sujetando a duras penas un bocadillo de queso, ya que iba con muletas.

Jorge era, sin duda, el perdedor del equipo. El eterno suplente. Ramón casi nunca le sacaba a jugar, pero cuando por mediación de Isra consiguió una promesa en firme para jugar unos minutos en la final si ganaban de mucho, el asunto se torció por culpa de la lesión reciente que le había condenado a ir a todas partes con muletas. Él siempre supo que lo suyo no era el baloncesto, pero tradición familiar obliga... Menuda decepción se hubiera llevado su pobre padre si no, un proletario que había cumplido su sueño de ser aceptado entre los pudientes.

Paradójicamente, Jorge era el mejor amigo de Isra dentro del equipo. La estrella y el marginado. Ni siquiera tenía físico para jugar, delgado, más bien bajito, y no era tan guapo como los otros. Pero Alicia sabía que Jorge conocía bien a Isra, y por eso le abordó. Jorge la miró con respeto reverencial, como siempre hacía al tratarse de la mujer de sus sueños a la cual nunca podría tener, y que además era la novia de su amigo.

—Oye, Jorge, me tienes que ayudar. No sé qué le pasa a Isra. Parece enfermo. Tú que le conoces bien, quizá sepas algo de su actitud...

Jorge parecía un tanto perplejo, pero su asombro inicial dio paso a un profundo nerviosismo. Sus ojos parecían recorrer todo el lugar excepto la chica que tenía delante.

—Creo que le das demasiada importancia, Alicia, ya sabes que Isra acaba de salir de una mala racha pero...

Alicia estalló por fin.

—¡No me vengáis todos con la misma mierda! ¿Qué mala racha? ¿Soy yo acaso una mala racha? ¿No me puedes decir nada? Ayer por la mañana estaba tan normal.

—No sé qué hizo por la tarde. Dijo que iba a entrenar en la cancha, y que quería estar concentrado y no ver a nadie. Los nervios típicos del partido, pero nada fuera de lo común.

Alicia miró a Jorge con suspicacia.

—Descuida, si me estás ocultando algo lo descubriré.

Jorge se alejó con toda la prisa que le dejaba el hecho de estar impedido.

Tomás se había sentado junto a Isra, su actitud parecía conciliadora, pero su compañero seguía sin hacerle caso, aún más inmerso en sus pensamientos que antes. Su actitud intranquila se hacía patente de tal modo que ya no podía disimular. Estaba perdiendo el color, la cabeza le daba vueltas. Los comentarios que escuchaba tampoco ayudaban mucho.

—Mira, Isra, ese modo de actuar no es bueno para ti. Tuvimos nuestras dudas, pero al final te dimos una nueva oportunidad, pareciste entrar en razón, pero empiezo a pensar que era todo fingido. ¿O acaso te has acostado ya con esa preciosidad rubia? No, ¿verdad? ¿Sabes cuántos de nosotros haríamos lo que fuera con tal de tener esa maldita suerte? Quizá esta noche tengas la ocasión de reparar lo borde que has estado con ella.

Tras varios amagos, finalmente Isra se levantó del asiento. Tenía los ojos inyectados en sangre por la ira, y, como si él también hubiera bebido, se tambaleaba de un lado para otro. Los jugadores estaban expectantes. En el fondo lo que más deseaban era ver una pelea entre los dos divos. Pero no fue así. De la boca de Isra tan solo salieron a trompicones unas pocas palabras.

—Te... Tengo que ir al baño.

Isra comenzó a encaminarse lentamente hacia el pequeño excusado situado en medio del autobús, apoyándose en las butacas porque no podía con su propio cuerpo. En la mirada de Tomás, por un momento, apareció un resquicio del viejo afecto que le había tenido a su amigo, y sintió la necesidad de ir a ayudarlo y disculparse. ¡Pero no! ¿Qué diría el resto? Ramón no solo les había enseñado baloncesto. Había que ser en todo momento duros y firmes, y no mostrar ni por asomo cualquier resquicio de sensiblería ni misericordia, hombres, hombres, Isra se condenó en el mismo momento en que decidió estúpidamente poner en sospecha su masculinidad delante de todos. ¡Allá con él! Cometió el mayor pecado. No, no tendría piedad, para nada.

Se puso de pie y miró desafiante hacia el desecho humano que se arrastraba agonizante por el pasillo.

–¡Sí, sí, vete al baño, venga! Cáscatela, así cuando veas a tu novia la recibirás con el depósito renovado.

Eso era lo que estaban buscando para reanudar la juerga. Gritos, vítores, y todos se querían sumar a ello, cansados de su mero papel de espectadores. Andrés, todos, chillando, literalmente llorando de risa, tirando papeles.

–¡Oye, si necesitas ayuda para sujetártela...!

–¡Yo con un pibón como ese no necesitaría hacerme pajas!

–¡Calla, calla, que seguro que no piensa en ella!

–¡Claro, claro, que ya tiene para eso a César!

César... Una única lágrima se deslizó por la mejilla de Isra. Se paró en seco, y pensó, pensó qué hubiera sucedido, y qué sucedería en el futuro. Sabía que no podía continuar así. No era él, un grupo de personas se habían adueñado de su voluntad, no era más que un pelele de personalidad diluida, y ya estaba harto. Tomó la decisión de romper con todo, de empezar de nuevo, odiaba ese asqueroso entorno en el que se había criado, criado en el miedo, en el odio, en el fanatismo, en la intolerancia...

¡Malditos cabrones! ¡Ahí os quedáis!

Pero... ¿Cómo lo haría? Volvió a pensar de nuevo en César. No... Quizá... César, César, qué bonito podría haber sido todo, ¿verdad?, pero no pudo ser, quizá en otra vida...

Todos tenemos miedo.